

VACIAR EL CORAZÓN PARA LLENARLO

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Tercera Parte, Cap. IV), en el que el Santo nos invitaba a elegir las virtudes, y continúa hablándonos en este fragmento de las bondades de la **HUMILDAD EXTERIOR**.

«Pide prestado -dijo Eliseo a una pobre viuda- y toma muchas jarras vacías y llénalas de aceite». Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones, es menester tenerlos vacíos de nuestra propia gloria. El cernícalo, chillando y mirando de prisa las aves, las espanta, por una propiedad y virtud secreta que tiene; por esto las palomas lo aprecian más que a todas las otras aves y viven seguras en su compañía¹. Así la humildad ahuyenta a Satanás, y, por esto, todos los santos, y, particularmente el Rey de los santos y su Madre, siempre han honrado y amado esta digna virtud más que ninguna otra entre todas las virtudes morales.

Dicen que es vana la gloria que el hombre se da a sí mismo, bien porque esa gloria no está en nosotros, o porque está en nosotros, pero no es nuestra; o porque está en nosotros y es nuestra, pero no merece la pena de que nos gloriemos de ella. La nobleza del linaje, el favor de los magnates, el aura popular, son cosas que no están en nosotros, sino en nuestros antepasados. Algunos se muestran orgullosos y arrogantes, porque cabalgan sobre un bravo corcel, o porque llevan un penacho de plumas en su sombrero, o porque visten lujosamente; mas, ¿quién no ve que esto es una locura? Porque, si en estas cosas hay gloria, ésta pertenece al caballo, al ave o al sastre; y ¿no es acaso una mezquindad tomar prestada la estima a un caballo, a unas plumas o a unos adornos? Otros presumen y se felicitan por unos bigotes muy afilados, por una barba bien cortada, por unos cabellos ondulados, porque tienen las manos finas, porque saben bailar, jugar y cantar; pero, ¿no supone mucha pobreza de carácter el querer aumentar el propio valer y acrecentar la propia reputación con cosas tan frívolas y vanas? Otros, por un poco de ciencia que poseen, quieren ser honrados y respetados de todos, como si todos hubiesen de ir a su escuela y tenerlos por maestros; por esto les llaman pedantes. Otros se pavonean al considerar su hermosura, y creen que todo el mundo les hace la corte. Todo esto es extremadamente vano, necio e impertinente, y la gloria, que estas cosas tan frívolas reportan, se llama vana, estúpida, frívola.

El bien verdadero se reconoce como al verdadero bálsamo; el bálsamo se prueba echándolo al agua; si va al fondo y queda debajo, señal es de que es más fino y de más valor. Así, para conocer si un hombre es de verdad prudente, sabio, generoso, noble, se ha de ver si estas virtudes tienden a la humildad, a la modestia y a la sumisión, porque entonces son verdaderos bienes; pero, si sobrenadan y quieren aparecer, serán bienes tanto menos verdaderos, cuanto más aparentes sean. Las perlas que se forman o se crían en medio de los vientos y del ruido de

¹ IV Reyes 4, 3-4

los truenos sólo tienen la corteza de perlas y están vacías de substancia²; así también las virtudes y las buenas cualidades de los hombres, forjadas y alimentadas en el orgullo, en la soberbia y en la vanidad, no tienen sino una apariencia de bien y carecen de substancia, de meollo y de solidez.

Los honores, las categorías y las dignidades son como el azafrán, que se hace mejor y más abundante, cuanto es más pisoteado. Cuando el hombre se contempla pierde el honor de la belleza. La hermosura, para ser graciosa, ha de ser descuidada. La ciencia nos deshonra, cuando nos hincha y cuando degenera en pedantería. Si somos exigentes en lo que se refiere a las categorías, a las procedencias, a los títulos, además de exponer nuestras cualidades al examen, a la discusión y a la contradicción, las envilecemos y las hacemos despreciables, porque el honor, que es una gran cosa cuando es recibido como un don, degenera cuando es exigido, buscado o mendigado. Cuando el pavo real se hincha, para verse, y levanta sus hermosas plumas, se eriza, y muestra por todas partes lo que tiene de poco honroso; las flores, que plantadas en tierra son bellas, se marchitan si son manoseadas. Y, de la misma manera que como aquellos que huelen la mandrágora de lejos y como de paso, perciben mucha suavidad, pero si la huelen de cerca y durante mucho rato, se adormecen y enferman, así ocurre con los honores, que comunican un dulce consuelo al que los huele a distancia y a la ligera, sin entretenerse ni pararse en ello; pero los que se aficianan y se recrean en los honores son en gran manera dignos de censura y vituperio.

El deseo y el amor de la virtud comienza a hacernos virtuosos; pero el deseo y el amor de los honores comienza a hacernos despreciables y vituperables. Los espíritus nobles no se entretienen en estas pequeñeces de lugares, de honores, de reverencias; tienen otras cosas en qué ocuparse; esto es propio de espíritus frívolos. El que puede tener perlas no se carga de conchas, de la misma manera que los que aspiran a la virtud no se desviven por los honores. Claro está que todos pueden permanecer en su categoría y mantenerse en ella, sin faltar a la humildad; pero esto se ha de hacer con descuido y sin exigencias, porque, así como los que vienen del Perú, además de oro y plata traen monos y papagayos, porque son baratos y no pesan mucho en la nave; asimismo los que aspiran a la virtud, han de mantenerse en la categoría y en los honores que les corresponden, siempre que esto no sea a costa de demasiados cuidados y atenciones, ni los llene de turbaciones o inquietudes, ni sea causa de discusiones o riñas. No hablo de aquellos cuya dignidad es pública, ni de ciertas circunstancias particulares de las que pueden seguirse notables consecuencias, porque, en esto, es menester que cada uno conserve lo que le pertenece, pero con una prudencia y discreción que esté hermanada con la caridad y la cortesía. †

***Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios
¡Ave María y adelante!***

² En esto, como en muchos otros ejemplos tomados de las ciencias naturales, el autor sigue a Plinio y otros autores antiguos, como era habitual en su época.